

## CONTESTACION

DE

DON CRISTOBAL L. MENDOZA

*Señores Académicos*

*Señoras,*

*Señores:*

Considero como uno de los días más afortunados en mi ya larga trayectoria académica el de hoy, en el cual, por la voluntad de mis generosos colegas, escalo esta tribuna para dar la bienvenida de la Corporación a Su Eminencia el Cardenal Quintero como Individuo suyo de Número. Asume mi satisfacción mayor hondura, si cabe, por la circunstancia de que el ingreso del dignísimo Prelado a nuestra Institución, se halla ligado a la muy grata memoria de otro sacerdote, su antecesor en el sitio que él viene a ocupar entre nosotros, ornado como él, por esclarecidas credenciales de ciencia, de virtudes y de amor patrio, Monseñor Nicolás Eugenio Navarro. Es indecible el sentimiento que me embarga al ver entrelazados esos dos nombres ilustres, proyectando su prestigio sobre el mismo Sillón, honrado durante largos años por las luces, la consagración y el patriotismo de aquel eminente compatriota y que ahora ilustrará nuestro flamante colega, quiera nuestra buena suerte que por muchos lustros, para mayor decoro de la Corporación y más alto honor de nuestra Madre común, esta Venezuela, pródiga en hombres de saber y voluntad, cuyo suelo dio a la América Hispana su Verbo redentor, encarnado en la persona sin pares del Libertador.

En su trabajo de incorporación, nuestro nuevo colega deja expresiva constancia de los méritos insignes atesorados por Monseñor Navarro, a quien la muerte arrancó la pluma de su mano a la edad de noventa y tres años, tras una vida signada por una doble vocación religiosa y cívica, semejante a la suya. Por el lugar de nacimiento, la Geografía pareció distanciarlos: Monseñor Navarro abrió los ojos al mundo en aquella perla de finísimo oriente, bañada por mares de ensueño y em-

bellecida por paisajes idílicos, propicia al manso discurrir y al desahogo de floridas imágenes. Su Eminencia el Cardenal Quintero vio la primera luz en un empinado caserío, situado como un nido de aves montañeras, sobre los flancos de la imponente Cordillera andina, de aire frígido, proclive al aislamiento y a la meditación, en medio de las brumas que descienden de los altos picos circundantes. Bien hubiera podido pensarse que estos tan opuestos ambientes deberían haber provocado en ambos, reacciones cónsonas con aquellos medios en cuyo ámbito se moldearon sus tempranas sensaciones de infancia y adolescencia. Pero no fue así. Si bien prevalece en ellos idéntico misticismo inspirador de sus obras, éstas ofrecen un contraste en cuanto a la expresión, que no se amolda a las inspiraciones de sus respectivos terruños.

Nacido en aquella tierra de risueñas perspectivas, Monseñor Navarro se aleja de toda influencia lírica. Su carácter, recio y adusto, se refleja en su estilo, grave y cortante, sobre todo cuando polemiza en defensa de sus principios, como le ocurrió con harta frecuencia durante su prolongado batallar. Se despoja de toda gala, tanto en el ejercicio de su apostolado, como en sus trabajos históricos, sin que ello obstara, como lo observa el Cardenal, a la corrección gramatical de sus frases y a la constante claridad del pensamiento. Nunca trató de deslumbrar con el ropaje que brinda la imaginación para hacer más atractivas las ideas, sino de convencer con el escueto argumento o la presentación del dato contundente. Estudioso infatigable, se hizo de una suma poco común en los más variados campos del conocimiento y gozó de singulares dotes de investigador. Será siempre memorable su descubrimiento del destinatario de la famosa Carta de Jamaica, comprobado por el hallazgo posterior del documento fehaciente. Su bibliografía, tanto la de índole religiosa, como la relativa a temas históricos, es extensa y valiosa, fruto de una absoluta dedicación al estudio. Bien merece su memoria el recuerdo perdurable que le consagra la Academia.

Su Eminencia el Cardenal ofrece otro contraste. Ya sabéis donde nació. Los riscos y las nieblas de sus montañas nativas no eran, ciertamente, el medio adecuado para el despliegue de las alas de la imaginación en busca de los espacios ideales donde florece la inspiración, desatada en los raudales del estilo. De sus

labios conocemos el aire recoleto de la casa donde transcurrieron sus años de crecimiento. Para justificar en un discurso el haber obsequiado a la Universidad merideña los retratos de sus Fundadores y Rectores, pintados por él mismo, sin ser pintor, cuenta la historia, y sin proponérselo, revela un expresivo rasgo autobiográfico, confundido con un emocionado raptó de amor filial. "Era mi modesto hogar, dice, como una isla de paz, amurallada de silencios, inaccesible a las tristezas, donde mi espíritu se refugiaba complacido a leer, a meditar y a soñar. La alegría reinaba allí porque en ese hogar palpitaba el corazón de mi madre, que es el mayor tesoro del hombre en este mundo. Pero un día la muerte llegó hasta esa isla y me arrebató ese tesoro. Y así, aquel viejo asilo de paz, se trocó en morada de la melancolía. La pintura de estos cuadros ha sido una distracción de mi luto, un consuelo en la desolación de mi orfandad. Por ello los aprecio y querría que vosotros, al juzgarlos, tuvierais presente esa circunstancia: si no de arte, estos lienzos son obra de dolor".

¿Cómo pudo aquel aprendiz de anacoreta, encerrado dentro de murallas de silencio, refugiado en esa isla donde la muerte se introduce para arrebatarle el corazón de la madre, su única alegría, cómo pudo transformarse el desamparado solitario en el tribuno elocuente, en el poeta enamorado de las excelencias divinas y humanas, en el ciudadano íntegro, cantor de las glorias y las honras de su Patria, en el sacerdote modelo, apóstol inspirado de las verdades de su Iglesia y fervoroso apologista de sus Santos y Pontífices? La Naturaleza tiene sus misterios, que la Fe soluciona apelando al dedo de Dios para explicar por qué el Santo de Loyola se despoja de la armadura de acero para vestir el sayal del misionero, o por qué el Héroe de América abandona su carrera ancestral de agricultor para armarse Caballero de la Libertad de un mundo. Guardando las distancias, como lo querría seguramente la sencillez del protagonista de la fiesta de hoy, podría decirse que él se encuentra en caso análogo. Grato le habría sido transcurrir plácidamente la vida entre sus fieles mucuchiceros, consagrado a la santa misión de encaminarlos al Cielo desde el empinado valle donde vegetan en la pobreza, esperando la palabra salvadora. Empero, se va a Roma, no con el propósito de escalar alturas que no ha soñado siquiera, sino movido por una aspiración de perfeccionamiento espiritual.

Y allí se enciende su sensibilidad ante los soberbios y dilatados panoramas que se ofrecen desde aquella atalaya del Universo. Al paso que sobresale en sus estudios eclesiásticos hasta obtener el prestigioso *summa cum laude* en la Universidad Gregoriana, recoge las vibraciones de las letras y las artes de todos los tiempos para exteriorizarlas luego en las imágenes y metáforas que adornan sus discursos. De regreso a su Patria y puesto al servicio de la Arquidiócesis de Mérida, desempeña sucesivamente los cargos de la Jerarquía sacerdotal, que no ambiciona y lo confunden en vez de enorgullecerlo. Su consigna no es la del humano aspirar, sino la del sobrenatural obedecer y así, a pesar suyo, se ve elevado a la categoría de Arzobispo de Caracas y muy luego ungido como Príncipe de la Iglesia Universal.

Bien quisiera referirme, aunque fuese a grandes rasgos, a las oraciones contenidas en ese tesoro de devoción y elocuencia, que son los tres volúmenes de los discursos del Cardenal. El Protocolo de este acto me lo impide. Su sola enumeración excedería de las forzosas limitaciones impuestas a estas palabras de bienvenida. ¿Cómo condensar en cortas líneas esa impresionante suma de enseñanzas divinas y profanas, ese rico caudal de arte y poesía, esa fuente de amor patrio, esa constante y edificadora evocación de Santos, de Próceres, de Maestros, de Sacerdotes y de ciudadanos venerables por su ciencia y sus virtudes? ¿Y cómo resumir en pocas frases su devoción por el Padre de la Patria, a quien consagra los más emocionados conceptos, hasta figurárselo tomando a Venezuela en sus brazos de gigante y levantándola a inmensas alturas para que pudieran admirarla, libre y gloriosa, todos los pueblos y los siglos? Pero ya vosotros los que me escucháis, habéis experimentado en su lectura la emoción que brota, como a la vista de cascada transparente y sonora, de esas páginas pródigas en sabiduría y sentimiento.

Aludiendo a la circunstancia de suceder él en su Sillón a Monseñor Navarro, el Cardenal trae a cuento, haciéndola suya, una frase de nuestro recordado colega Rufino Blanco Fombona, dicha en el acto de su incorporación a la Academia: "a un hombre así, no se le reemplaza aunque se ocupe su puesto". Si hizo alarde de recato el insigne exegeta y admirable divulgador de las excelsas calidades del Libertador, en boca del Cardenal esa frase sólo es una comprobación más de su

característica virtud, aquilatada día a día a medida que los honores han exaltado su persona: la modestia, que lo impulsa a esquivar las distinciones y a sentirse más pequeño mientras más altas son aquellas. El hoy Príncipe de la Iglesia guarda en su entraña el recuerdo palpitante de aquella isla amurallada de silencios donde reinaba el corazón de su madre y su espíritu se refugiaba a soñar, no en grandezas, sino en su moral, en la vocación que ya lo llamaba y sería su escudo contra toda mundana tentación.

El tema escogido por Su Eminencia para su trabajo de incorporación reviste singular trascendencia en nuestra historia y en general la de todos los países de América colonizados por España: es el de la actitud noble y enérgica asumida por el Obispo Gonzalo de Ángulo en la defensa de los naturales de América, maltratados a la sombra de la Encomienda, la institución creada por la Monarquía con la doble finalidad de beneficiar a los conquistadores y colonos y de reducir y adoctrinar a los indios. La aplicación de lo que para el Consejo de Indias había sido propósito civilizador y de humanos alcances, provocó uno de los más graves y dolorosos problemas surgidos del proceso colonizador. Bien lo comprueba el apasionante episodio de las luchas y sufrimientos del Obispo Ángulo, que deja un rastro de luz y un ejemplo aleccionador en los anales tristes de la vida de los aborígenes americanos.

Encabeza el Cardenal su relación con el texto de la Real Cédula en la cual se advierte al recién designado Obispo que no se cumplen las prevenciones sobre el tratamiento de los indios y que las prevenciones y ordenanzas despachadas al Gobernador no surten el deseado efecto, demorándose la edificación de pueblos para los indios encomendados, a quienes la codicia de los encomenderos trata como esclavos; y como quiera que acudir al bien espiritual de los naturales, es propio del oficio pastoral del Obispo, se le ruega y encarga que trate lo más eficaz y conveniente al efecto.

En sus primeros pasos, el Obispo tiene la suerte de encontrar un colaborador eficaz que trabaja con él en la obra de la erección de pueblos. Pero poco dura la complacencia del Obispo, nos informa el Cardenal, pues al segundo año de su

pontificado, adviene un nuevo Gobernador, Don Juan Tribiño Guillames, en quien aquél no encuentra la misma buena voluntad, sino ánimo opuesto a su labor. El Obispo prepara un expediente para la Corona denunciando al Gobernador. Hace declarar a un grupo de testigos que dejan constancia de los maltratos a los indios. Y emprende una larga Visita Pastoral, que es una cruzada en favor de los indios a quienes hace constar que él los ha tomado bajo su amparo y protección.

Los afectados por las medidas del Obispo, a quienes intima el cumplimiento de las Reales Ordenes y sus propias decisiones, le atraen el odio de aquellos y de sus cómplices los funcionarios del Gobierno y del Cabildo. De "venganza de fenicios" califica el Cardenal las disposiciones inauditas de los enemigos del Obispo.

Un emocionado párrafo cierra el discurso del Cardenal: nos recuerda que el lugar de su nacimiento es un pueblo de indios y asume por esa circunstancias, la representación de ellos para rendir un tributo de alabanza y gratitud al Obispo Ángulo, excelso bienhechor de nuestros aborígenes, en presencia del Cuerpo de Académicos. Está seguro Su Eminencia de que su gesto, por el sentimiento nobilísimo que lo anima y por su justicia histórica, merece nuestro aplauso fervoroso.

Ilustrísimo Cardenal Quintero: perdonad si llevado de la admiración, he lastimado vuestra modestia; perdonad, asimismo, si mis limitados recursos dialécticos no han alcanzado a expresar con justeza los alcances de vuestra obra a la luz de la ortodoxia; excusadme en gracia al sentimiento, tan cordial como respetuoso, con que os doy la bienvenida al seno de la Academia, en nombre de todos sus Individuos.